

Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, Instituto Mora, México, 2003.

Este libro es el resultado de la conducción exitosa de un proyecto de investigación original, apoyado por el CONACYT. El proyecto tuvo una duración de tres años y concluyó hace 18 meses; pero la publicación, resultante del esfuerzo sostenido, colectivo e interinstitucional, que fue llevada a buen término, sale a la luz pública ahora, y ofrece hoy su cosecha de nuevos conocimientos a los lectores —preferentemente historiadores, bibliógrafos, bibliotecarios, estudiantes, profesores, así como público culto en general.

Es un libro que se ubica en el nutrido linaje de trabajos publicados de tiempo atrás, en México, y consagrados a la producción editorial generada, sea en la época colonial, sea en la época nacional, por los operarios y los impresores o editores radicados en el territorio que hoy llamamos México. Por lo tanto se enfoca hacia una tradición editorial de alcurnia, objeto desde hace muchos años de la atención de los historiadores, de los bibliófilos y de los bibliógrafos.

El libro del que estamos hablando se inserta, con una gran elegancia formal, en un verdadero renacimiento de los trabajos abocados al estudio del mundo de la edición decimonónica en México. Es una obra que encontrará su lugar en la estantería de las bibliotecas para explicarnos las razones de la conformación, en tierras mexicanas, durante el siglo antepasado, de un rico acervo de publicaciones. Es también un objeto-libro que hospeda algunos grabados entre sus páginas y que no desentonará en medio de las reproduc-

ciones, facsimilares o no, editadas con amor en los años recientes, trátase de ediciones de revistas periódicas o de obras monográficas.

De hecho, el libro que nos ocupa se inscribe en una nueva línea de investigación sobre el mundo del impreso. Está enfocado a la construcción de una “historia de la edición” en México, y hallará por este motivo su espacio propio en medio de los numerosos estudios dedicados al rescate y análisis de los productos editoriales a los cuales acabo de aludir.

En efecto, hablar de “historia de la edición” es adoptar un enfoque distinto del que presidió, hasta hace poco, a los estudios bibliográficos, mismos que no han faltado en México y que fueron marcados, las más de las veces, por la excelencia de sus conclusiones.

Hablar de “historia de la edición” es abordar desde un punto de vista social y económico a la vez que técnico y cultural los fenómenos editoriales. Es tratar de entender de una manera global la actividad empresarial de los grandes —y no tan grandes— editores, relacionándola con la distribución de los impresos producidos y con la “construcción de un público” lector cuyas necesidades —comprobadas o imaginarias— se volvieron un horizonte de referencia para quienes intentaban idear un mundo de necesidades culturales por satisfacer.

Hablar de “historia de la edición” es hablar de un mercado del impreso. Del consumo de éstos y, por consiguiente, de una aptitud a la lectura por parte del público receptor; estudio ya iniciado entre nosotros, pero que aún no está del todo resuelto y sobre el cual, creo yo, debemos seguir meditando. Cómo explicar, en efecto, que un país que todos hemos creído

ser mayoritariamente analfabeto en el siglo XIX haya producido tal variedad de materiales impresos, libros, desde luego; pero también folletos, hojas sueltas, revistas y, sobre todo, periódicos, infinidad de publicaciones periódicas de todo tipo, que surgen con una facilidad desconcertante, en una enorme diversidad de puntos geográficos, aunque con una duración usualmente efímera.

Sin duda, esta es la pregunta más retadora que se desprende del libro que nos ocupa, aunque no haya sido en ningún momento el objeto central de la investigación emprendida.

Y no se diga que México exportaba impresos al exterior de sus fronteras, si lo que pasó fue todo lo contrario, pues —sin mencionar los libros procedentes de España— sabemos de libros o folletos impresos en español en algunas ciudades de la Unión Americana, o bien en ciertas plazas editoriales europeas que se distribuían en México.

Para regresar al libro que reseñamos, señalemos que reúne seis ensayos consagrados a analizar la actividad de los principales editores-impresores activos en la ciudad de México entre 1830 y 1855, a saber, Mariano Galván, Ignacio Cumplido, Mariano Fernández de Lara, Vicente García Torres, Rafael de Rafael y Vilá y José María Andrade. La obra, además, recoge un estudio centrado en las librerías y en los gabinetes de lectura que existieron durante el mismo lapso en la capital mexicana, y se abre con un nutrido prólogo que señala un verdadero repertorio de problemas relacionados con el universo de la edición de aquel momento. Recuento orientador que podría servir de guía de trabajo para futuras investigaciones, invitando a quienes las realicen a palomear

al filo de los propios avances el enlistado aquí glosado.

Consagrar un párrafo a cada uno de los editores estudiados en este libro sería un ejercicio excesivamente dilatado si tomamos en cuenta la cantidad de datos que en él se acumulan respecto de cada uno de aquellos personajes, pero sí podemos señalar algunos caracteres que definen a estos editores en su conjunto.

En primer lugar, observemos que todos son mexicanos salvo uno, Rafael de Rafael y Vilá, impresor grabador oriundo de Barcelona (España), que permaneció en México por unos doce años. Inicialmente había emigrado a Estados Unidos y fue traído de aquel país a México por uno de los editores más dinámicos de aquel tiempo, Ignacio Cumplido, quien quiso incluir al catalán en su taller para elevar la calidad técnica de los trabajos más finos allí realizados. La asociación no duró mucho, y Rafael de Rafael se independizó pronto de un patrón quisquilloso, logró hacerse de un taller propio, que vendió al momento de salir del país a José María Andrade asociado con Francisco Escalante, personajes que también se estudian en el libro que comentamos. Las convicciones políticas del grabador catalán lo habían acercado tan estrechamente a los conservadores mexicanos que se volvió, en noviembre de 1848, el editor del periódico *El Universal*, órgano de aquel grupo político. Estas mismas convicciones tuvieron algo que ver en la designación diplomática que le fue otorgada, en 1854, por el general Antonio López de Santa Anna, quien lo mandó como cónsul de México en Nueva York para realizar la aplicación del Tratado de La Mesilla, en el que, como se sabe, estaban implicados fuertes intereses perso-

nales del general presidente de la república mexicana.

Como segundo rasgo puede destacarse el cosmopolitismo, comercial y técnico, desde luego, pero también presente en la orientación mental de los impresores editores mexicanos. Todos sin excepción efectuaron diversos viajes al extranjero, sea por Europa, sea en la vecina república del norte. Y aun cuando sus desplazamientos hayan obedecido, en algunos casos, a motivos políticos más que de negocio —en razón de las afinidades políticas que habían manifestado a través de los impresos salidos de sus talleres— que los condujo, por prudencia, a “desaparecerse” temporalmente, de acuerdo con los vuelcos de la política nacional, es un hecho que se mantuvieron al tanto, sin desamparar, de las innovaciones técnicas que surgían velozmente en los países industrializados. Prueba de ello serían las adquisiciones de implementos que efectuaron con frecuencia en Estados Unidos o en Europa. Quizás el más propenso a ellas fue Ignacio Cumplido, pero no fue el único en importar nuevas prensas o utensilios tipográficos, también le siguieron el paso, atraídos por el aumento de ganancias que les permitiría alcanzar los nuevos equipos adquiridos, Mariano Lara y Vicente García Torres, particularmente atento este último a la evolución del negocio editorial en Inglaterra. Del mismo modo, la rigurosa organización que Cumplido dio a las labores productivas de su taller se fundó en las observaciones que había realizado fuera del país: exigió que el trabajo de todos sus empleados respondiera escrupulosamente al reglamento que redactó para su empresa en 1843, con esto mostraba que había adoptado una visión completamente industrial de la gestión

de su negocio al que imprimió una disciplina casi militar, dando a la producción en su empresa la precisión de un mecanismo relojero.

El tercer rasgo que comparten los empresarios presentados en los diferentes capítulos del libro colectivo que comentamos es el dinamismo comercial. Son empresarios modernos que desean diversificar sus actividades y que han entendido la importancia de la publicidad hecha a sus productos y el valor de la expedita distribución de los mismos. Cuidan todos los aspectos relacionados con la circulación de ellos —el costo de los fletes del correo, por ejemplo, que Ignacio Cumplido espera regular desde el Senado donde ocupa un escaño, por segunda vez, en 1851—, pues abaratar la distribución de las obras las volvía más accesibles e impulsaba por vías de consecuencia las suscripciones. Mismas que permitían obtener el flujo de capital vital para llevar a buen fin sus iniciativas sin tomar excesivos riesgos financieros. Todos participan de una visión empresarial totalmente liberal, aun en los casos en que sus preferencias ideológicas los acercan más al grupo conservador.

Para cada uno de los personajes estudiados, los coautores del libro han “mapeado” la mancha alcanzada por su influencia comercial, acompañándola del listado de los puntos adonde debían dirigirse los suscriptores para entregar su cuota y recoger las entregas correspondientes. El lector dispone así de una información gráfica global que invita a comparar las regiones abarcadas y que permite seguir la expansión de la “conquista cultural” lograda por cada una de las casas editoriales consideradas. Desde luego, la inversión realizada se refiere sólo a la actividad de editores-impresores capitalinos y

ha sido pensada de una manera vertical —si así podemos decirlo— desde la capital del país hacia el resto del territorio nacional. Por este motivo no muestra la competencia, sin lugar a duda existente, en ciertas zonas que constituían el mercado natural de otros impresores-editores de impacto regional, por ejemplo, en Guadaluajara y su región, o bien en Oaxaca o en Veracruz, con sus respectivas zonas de influencia. De todos modos, este “mapeo”, quizás elemental, aporta una información espacial útil que ancla la actividad editorial mexicana en un espacio geográfico bien delimitado y da una concreción a la red de contactos, en constante expansión, que estos editores se esforzaron por establecer.

Los editores-impresores estudiados se lanzan con avidez a la conquista de un mercado que está en plena construcción y que permite buenas ganancias, aunque entrañe algunos riesgos, como lo muestra la quiebra comercial de Mariano Galván, contratiempo deplorable ciertamente, pero que no impide al interesado seguir adelante con otros negocios del ramo.

Entre las líneas del libro que comentamos vemos formarse un público y asistimos a la fabricación, no siempre exitosa, de productos que respondan a sus necesidades cambiantes y que se adapten a las transformaciones del entorno político.

En efecto, las elites gobernantes necesitan de la letra impresa para debatir entre ellas sobre los beneficios que traerán las diferentes alternativas políticas y se ven obligadas a formular —y a difundir— los reglamentos y leyes acordes con las sucesivas formas de gobierno. Para ello necesitan de los servicios de los impresores y editores que vienen a ser unos prestadores de servicios indispensables, pero

también les es imprescindible granjearse el apoyo de la “opinión pública”, es decir, de los que escriben y publican en nombre de esta última y que se autoatribuyen la legitimidad de la representación de las ideas. Por su parte, los gobernados, o una parte de ellos, entusiasmados por las posibilidades de participación que el impreso abre ante ellos, deciden tomar la palabra y se enfrascan con vehemencia en una vorágine de opiniones y de controversias, argumentadas en medio de las pasiones políticas. Por este motivo vemos coexistir formas editoriales “antiguas”, como la producción de libros y de folletos religiosos, cuya producción se mantiene junto a formas editoriales que podríamos considerar como “nuevas o modernas”, formadas por los folletos políticos y las publicaciones periódicas cada vez más numerosas. De suerte que no solamente los géneros editoriales antiguos se siguen produciendo y vendiendo —pensemos en los innumerables libritos de oración, en los novenarios, e incluso en los calendarios o almanaques—, sino que se registra una explosión en la producción de folletos satíricos o polémicos de inspiración política, cuya proliferación resulta de la supresión efectiva de la censura previa, a raíz de la proclamación de independencia, y de la reafirmación del principio de la libertad de opinión, derecho fundamental que reconocerán en lo sucesivo todas las constituciones mexicanas. Éste, sin embargo, y es preciso aclararlo, no pasará de ser una proclamación más teórica que práctica durante el periodo en estudio, como lo muestran los sucesivos reglamentos enfocados a calificar y a reprimir los “abusos” a la libertad de imprenta, es decir, a controlar tanto como sea posible la expresión de las opiniones y de la crítica política.

Todos los impresores-editores, estudiados en el libro que nos ocupa, llevan a cabo, al mismo tiempo, la producción de los antiguos tipos de impresos, como los libros o folletos de interés religioso, y la producción de las revistas periódicas o de los diarios políticos que podemos considerar como tipos “modernos” de impresos. Mencionemos en este orden de ideas a Mariano Galván, el más “arcaico” de los impresores editores considerados, con su famoso calendario cuyo contenido irá modificando para adaptarlo al gusto de la clientela, incluyendo en él breves narraciones históricas, alguna que otra composición literaria o teatral, y grabados, a veces coloreados, etc., pero que no desdenará ocuparse de la producción de revistas, ni vacilará en editar una Biblia traducida al español a su iniciativa. Asimismo, Ignacio Cumplido, Vicente García Torres, Mariano Fernández de Lara y José María Andrade producen, en un momento o en otro, revistas diversas, casi siempre adornadas con grabados o litografías, y destinadas primero a la ilustración de toda la familia; pero pronto pensadas para un público especializado de “señoritas” o de niños y cuando no—como es el caso de Andrade que casi no incide en la producción de revistas— se lanzan a la edición por entregas de obras de consulta, como el famoso *Diccionario universal de historia y de geografía*, cuyos tres volúmenes mexicanos habían sido elaborados bajo la dirección de Manuel Orozco y Berra.

Sin embargo, la gran aventura editorial será la que implica la producción de periódicos diarios, para los cuales será preciso bregar más intensamente con los reglamentos de imprenta y la censura. Ningún gobierno, en efecto, renuncia totalmente a las prácticas represivas, incluso

los que más reafirman públicamente su respeto por el derecho a la libertad de opinión, de modo que se reactiva invariablemente el sistema represivo de las multas, las suspensiones, la confiscación de ediciones y hasta las penas de encarcelamiento, como lo experimentaron en carne propia Ignacio Cumplido o Rafael de Rafael. No podemos dejar de mencionar los títulos de algunas de estas hojas de prensa que incluyen los periódicos más representativos de la vida política decimonónica: *El Siglo XIX*, de tendencia liberal moderada, editado por Ignacio Cumplido con diversos equipos de redactores sobresalientes encabezados por Juan Bautista Morales en un principio y después por Francisco Zarco; *El Monitor Republicano*, órgano liberal más radical, que salía de las prensas de Vicente García Torres; *El Universal*, periódico conservador, que editó Rafael de Rafael.

Los establecimientos que dirigen nuestros editores se encuentran así comprometidos en negocios complejos, donde tienen importancia tanto el cliente eventual que solicita la impresión de un folleto particular como el cliente institucional, representado por alguna oficina de gobierno o del ayuntamiento que requieren editar sus reglamentos o sus boletos de lotería. De hecho, estos impresores-editores compiten duramente unos contra otros para obtener la atribución de las contratas oficiales que garantizan por un buen tiempo, a veces hasta por cinco años, el flujo de trabajo indispensable para asegurar la actividad de base de sus talleres. Pero, por otro lado, dirigen periódicos que pretenden ser críticos y hasta opositores de las administraciones a las que complacen como proveedores. Situación paradójica que revela la fragilidad real del

mercado, aún no consolidado, sobre el cual deben apoyarse.

Para que sobrevivan y progresen sus negocios se valen de sus relaciones personales en todos los ámbitos, administrativo, comercial, social, financiero, hasta gremial; aunque ya no existan los antiguos gremios, lo cual no les impide apuntarse unos a otros como aval solidario a la hora de financiar algún proyecto atractivo.

El último rasgo común a todos los impresores editores estudiados en el libro que comentamos es el propósito de construir un espacio cultural específico, mexicano y nacional. Las revistas, literarias o no, y las planas de los periódicos abren el espacio de sus columnas a una pléyade de escritores deseosos de dar presencia a su propia realidad y de manifestar los problemas de toda índole que encuentran al querer lograr que su mundo accediera al estatus de "sujeto" literario. Pero no por ello se ignoran las modas o las tendencias culturales que florecen en otras latitudes. Respondiendo a la curiosidad del público que quiere participar del movimiento general de las ideas, un gran número de libros extranjeros, algunas veces en su idioma original, se difunden en México, salidos de las prensas de los editores-impresores. También circulan, en las revistas mexicanas o en el folletín de los diarios, una gran cantidad de obras extranjeras, extractadas o no, y publicadas por entregas. Han sido traducidas especialmente para la ocasión o bien versadas al español a partir de una traducción inicial al francés. Frente a este avasallador flujo extranjero, herencia indirecta de los hábitos coloniales que, por siglos, habían importado desde ultramar cuanto se consideraba valioso, se va reservando un espacio creciente a las letras vernáculas.

Los escritos de jóvenes mexicanos, cuya producción es cobijada por los redactores de las revistas o impulsada desde alguna academia, conforman un acervo de textos que son leídos con agrado por un público en expansión al que complace encontrar lo mexicano en el corazón de la atención.

Todos los editores-impresores capitalinos parecen haber desempeñado durante el periodo de 1830-1855, en un momento o en otro, el papel de promotores de la nueva cultura, surgida a raíz de la proclamación de la independencia. Sea cual sea su orientación política, todos parecen haber estado deseosos de mostrar su país como un territorio en el que se producen obras de calidad, comparables a las mejores realizaciones extranjeras. Esfuerzo, acaso desmesurado, que deja de lado otras realidades organizativas o económicas menos halagadoras, y que nos invita a ver la actividad editorial decimonónica como una suerte de "sueño dorado" de la modernidad, extrañamente bien aclimatado en las tierras de Anáhuac.

Antes de terminar esta reseña, quisiera recalcar un punto que me parece central para la historia del proyecto de investigación patrocinado por el CONACYT, cuyos resultados acabamos de evocar aquí, y de paso para la configuración de la experiencia profesional de una investigadora como Laura Suárez de la Torre y algunos otros investigadores del Instituto Mora. Tienen en su haber una larga práctica del rescate de textos decimonónicos. A lo largo de muchos años han frecuentado modesta y laboriosamente los archivos y los acervos reservados de las grandes bibliotecas. Así, han ido alcanzando el dominio de una gran variedad de textos que, en su momento, encontraron su espacio de expre-

sión en las planas de los periódicos o en los pliegos de las revistas donde quedaron olvidados. En el rescate de estas letras fue como Laura Suárez de la Torre y otros de sus colegas, estudiosos del siglo XIX, tomaron conciencia, empíricamente, de la complejidad del mundo editorial mexicano, y como pudieron intuir las problemáticas culturales y políticas ligadas a él, mismas que habían sido opacadas por una percepción cultural demasiado ceñida al universo del libro y no al de la edición.

Estos primeros itinerarios de investigación hicieron de Laura Suárez de la Torre una de las editoras modernas de José María Luis Mora, trabajo que llevó a cabo con otras colegas del Instituto, y que la orientaron más tarde hacia el rescate de los escritos de Valentín Gómez Farías y de Luis de la Rosa, también arrumbados en el olvido. La familiaridad entonces adquirida con las fuentes documentales decimonónicas y con las problemáticas externadas por hombres que pertenecían tanto a la alquimia política interior del México decimonónico como a la cultura política universal de su tiempo, la prepararon para entender la importancia de las vetas editoriales en el acercamiento al conocimiento de la sensibilidad de una época: tiempo de construcción de la nación mexicana, en el cual la problemática de la relación con lo otro se plantea en términos nuevos y en el cual el balance de la identidad propia se establece en función de nuevos parámetros, alejado de los monopolios coloniales y más ampliamente abiertos hacia un mundo exterior diverso.

Es sobre estos méritos donde descansan las raíces de un trabajo novedoso: son el cimiento sobre el cual se ha levantado un trabajo de conjunto valioso y comple-

tamente original. Esperemos que éste prosiga y que reúna nuevamente aportaciones valiosas en las que María Esther Pérez Salas, Javier Rodríguez Piña, Othón Nava Martínez, Miguel Ángel Castro, Lilia Guiot de la Garza, Laura Solares y otros colaboradores nuevos presenten junto con Laura Suárez de la Torre participaciones relevantes.

Nicole Giron
INSTITUTO MORA

Moisés González Navarro, *México: el capitalismo nacionalista*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2003, 759 pp.

Este libro tiene como antecedente una primera edición publicada en la ciudad de México por el editor catalán Costa Amic en 1970. Esta nueva edición, 33 años después, reúne un total de 50 trabajos de historia de México (ponencias, artículos, capítulos de libros, reseñas, introducciones y además un prólogo y un epílogo) escritos por el maestro Moisés González Navarro a lo largo de más de 40 años. Representan una vida dedicada por completo a la investigación histórica. Precisamente el libro recoge este esfuerzo académico. La primera parte agrupa 27 trabajos de la historia de México del siglo XIX, y la segunda, 23 del siglo XX. Algunos, como el capítulo XV, "Yucatán (1848-1902). La guerra de Castas", anuncian libros que desarrollarían con más amplitud el tema propuesto, tal sería el caso de la obra *Raza y tierra. La guerra de Castas y el henequén*, publicada en 1979. Otros capítulos son verdaderos resúmenes de periodos de la historia de México.